

MONOGRAFÍA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

DE LA

CATEDRAL DE BURGOS

POR EL

DR. DANIEL T. GARRIDO

Canónigo de esta Metropolitana

(EXTRACTO DEL ANUARIO ECLESIASTICO PARA 1928)



EUGENIO SUBIRANA, EDITOR PONTIFICIO
PERE TÀFFERIS, 14 - BARCELONA - 1928

G-F- 2792

MONOGRAFÍA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

DE LA

CATEDRAL DE BURGOS

POR EL

DR. DANIEL T. GARRIDO

Canónigo de esta Metropolitana

(EXTRACTO DEL ANUARIO ECLESIASTICO PARA 1928)

*A los Condes de Castilfale,
con cariñoso afecto,
□ El Autor*

EUGENIO SUBIRANA, EDITOR PONTIFICIO
PUERTAFERRISA, 14 - BARCELONA - 1928



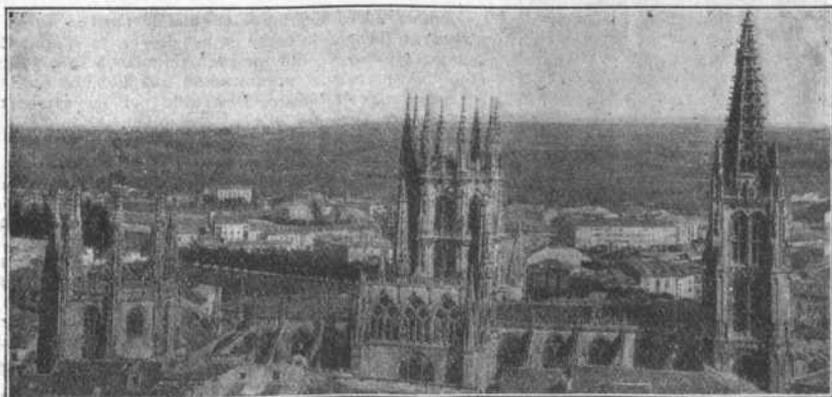
R.46532

kl. 61653
CB. 1077752

Monografía histórico-descriptiva de la Catedral

«Es la Catedral de Burgos, dice Lampérez, una de las más insignes hechuras de aquel magnífico arte gótico, que tras muchos tanteos y vacilaciones logró en el s. XIII crear un estilo que es la síntesis y compendio del espiritualismo cristiano, y al par una de las creaciones más sublimes del ingenio humano. Y el monumento burgalés es algo más; porque allí vertieron los artistas de todas las épocas el caudal de sus entusiasmos y de su inspiración, haciéndolo museo de todas las artes.»

De donde quiera que se la contemple, resulta en su exterior extraordinariamente hermosa, y remirando cada una de las partes o espaciando la vista en el conjunto total



EMPLAZAMIENTO DE LA CATEDRAL DE BURGOS

de torres, agujas y chapiteles, por su armonía y extremada belleza suspende el ánimo y lo arroba.

En las fiestas del VII Centenario (1921) que llevaron el sello de aquel magnánimo Príncipe de la Iglesia y generosísimo Cardenal Benlloch, los Ingenieros de nuestro Ejército proyectaron desde las alturas de Sta. Dorotea sus poderosos reflectores sobre las torres y chapiteles, y el espectáculo que pudo contemplarse aquella clara noche de julio fué mágicamente sublime. Sin embargo, los reflectores no sobrepujan la magia de la luz, ni en su oriente, ni al mediodía, ni en el ocaso. Y la Catedral burgalesa ofrece un hermosísimo espectáculo desde donde quiera se la contemple, dominando la ciudad y lanzando al espacio azul susafilgranadas torres, que reciben el beso de la luz, y con sus fulgores se adornan, remozándose siempre gentilmente bellísimas.

SU EMPLAZAMIENTO

La Catedral de Burgos está emplazada en la ladera del cerro del Castillo, lindando al N. con la calle alta de Fernán González; al S. con la calle de La Paloma y Plaza del Sarmental (hoy Duque de la Victoria); al E. con la Llana de Afuera, y al O. con la plazuela de Santa María. Por esta causa es muy grande el desnivel entre la parte alta y el Sarmental, que se salva con una escalera de bajada desde la Correría alta (Coronería), de 38 escalones, y otra escalinata de subida a la esbeltísima fachada del Sarmental. Por la calle de la Paloma,

corredor de la Llana y esquina del Sarmental se ha construido el claustro bajo y una serie de criptas en el ala N. del mismo, teniendo que subir una rampa para entrar por la fachada principal o Puerta Real.

No es de poca monta fijar la atención en las condiciones de su emplazamiento; pues esto unido al cinturón de edificios que la rodeaba desde que nació, hubo de influir en que no se conservaran las antiguas edificaciones siempre venerables, que no se tuviera conveniente holgura para desarrollar el plan primitivo en todas sus partes; que la historia de la fábrica en capillas adyacentes sea un continuo tejer y destejer; que las naves menores se deformasen, rompiendo los muros para alojar capillas, de las cuales algunas por su suntuosidad y primores son un florón finísimo de arte; mientras otras desentonan del nobilísimo estilo catedralicio, y algunas han sido derruidas, no quedando sino un solo ventanal en la nave de la epístola como menguado testigo de las luceras del cuerpo bajo, abiertas mediante altos ventanales de gótico primario encuadrados en columnas cilíndricas y báculos proporcionados al primitivo triforio.



FERNANDO III EL SANTO
Y DOÑA BEATRIZ DE SUABIA

FERNANDO III EL SANTO Y EL OBISPO D. MAURICIO

Era la época del florecimiento de Castilla, y en su virtud de Burgos, la corte de sus Reyes, la «Caput Castellae». Alfonso VI dió un gran impulso a la organización de sus reinos, organización que alcanzó también al gobierno eclesiástico. Destruída por los sarracenos la Sede de Oca, de origen apostólico, Alfonso VI la traslada a Burgos (1075), deseando que en ella se renueven las glorias de aquella Sede, y ordena que la Iglesia de Burgos sea tenida «como madre y cabeza de todas las Iglesias de Castilla» (1). Desde entonces comenzó a madurarse el plan de dotar a la Sede de una iglesia Catedral digna de tales destinos, colocando a su vera los palacios episcopales, capillas y claustros, donde habrán de tener enterramiento Prelados, nobles y caballeros.

Alfonso VI cede al Obispo de Burgos unos palacios heredados de su padre Fernando y la reina D.^a Sancha, y comienza a edificarse la vieja catedral (1075-1096) dedicada a Santa María la Mayor bajo el misterio de su Asunción: constrúyese también el claustro viejo, que se comunica con el palacio del Obispo en los Sarmentales. De esas edificaciones primitivas no se sabe con certeza si queda algo, ni qué es lo que queda, aunque parte del claustro viejo y capillas se corresponden con la restaurada del Smo. Cristo y actual vestuario de canónigos. La primitiva catedral ocupaba sin duda parte de la actual, aunque menos amplia, agrupándose cerca de ella algunas capillas que no constituían con la iglesia un plan uniforme y proporcionado. En esta iglesia románica celebró sus bodas Fernando III con D.^a Beatriz de Suabia; y continuador Fernando de los planes de Alfonso VI, propuso en su Real ánimo erigir una suntuosa Catedral, encomendando la ejecución del propósito al obispo D. Mauricio.

Fué D. Mauricio durante veintiséis años (1214-1240) Obispo de la Sede de Burgos. Varón de eximias virtudes, de voluntad firmísima, emprendedor y dinámico como hoy se dice, Canciller de Castilla, espíritu fino y diplomático, confidente y consejero del Rey D. Fernando en sus magnas empresas guerreras y políticas, no desaprovechó sus viajes (2) por Francia y Alemania preparando trazas para su futura Catedral. Pero el Obispo D. Mauricio, es no sólo fundador de la Catedral, sino organizador admirable de la vida canónica del Obispado

(1) Ad innovandam ibi sedem episcopalem quae prius apud aucensem (Auca, Oca, sede apostólica) nescitur urbem fuisse constructam et a sarracenis destructam. Archivo Catedral, vol. 23.

(2) En una donación de Fernando III, se lee: «Volens remunerare labores multiplices venerabilis patris praedicti Mauriti, nunc Burgensis Episcopi, quos sustinuit in eundo in Alemaniám et redeundo de mandato meo et dulcissimae matris meae pro Karissima uxore mea regina D.^a Beatrice...» Arch. Catedr. vol. 32.

dé Burgos, dando a la Catedral sus «Statuta Mauriclana», y a Colegiatas y monasterios Concordias y cauces de Derecho, por los que habrán de fluir en lo sucesivo las mutuas relaciones con los Prelados para esplendor de la Sede Burgense.

Ahora bien, el Obispo D. Mauricio logra que la primera piedra de la catedral se coloque el 20 jul. 1221. En el vol. LXXI del arch. catedr., fol. 57, se lee: *Primus lapis ponitur in fundamenta novi operis ecclesiae burgensis XX die mensis Julii era millessima ducentissima quinquagesima nona, die sanctae Margaritae*, que corresponde al año 1221.

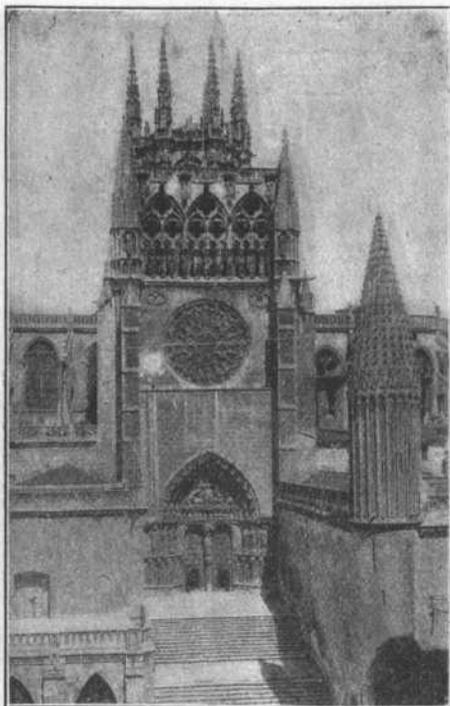
El Cabildo ha asociado a la entraña misma de su constitución y de su vida a ambos fundadores, el obispo D. Mauricio y San Fernando. Celebra en efecto fiesta solemnísimamente en honor del santo Rey: su estatua, la de D.^a Beatriz y grupo de sus hijos, se perpetúan a la entrada y en uno de los ángulos del claustro.

Del Obispo D. Mauricio se guarda en el centro del coro una maravillosa estatua yacente, ejemplar único de la escultura de aquella edad, en cobre esmaltado y recamado sobre un alma de nogal, joya riquísima, sin par, de nuestra estatuaria del s. XIII. Desde aquel tiempo el Cabildo ha llevado a su obispo Fundador siempre consigo en las diversas traslaciones del coro, para que presida los cultos en el templo que él fundó, y no se han interrumpido los sufragos por su alma, ni mientras el Cabildo subsista se interrumpirán jamás.

LA VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO FACHADAS DEL SARMENTAL Y CORONERÍA

«Sus dos torres, dice Street, el cimborrio, la Interna y pináculos de la capilla del Condestable... forman en conjunto una masa tan importante y tan pintoresca, y su ornamentación es de tal exuberancia», que en verdad pudo escribir el Mtro. Flórez (t. 26 de su España Sagrada): «El ob. D. Mauricio mostró la grandeza de su ánimo en idear templo más augusto, con una planta y traza de particular magnificencia, tan superior, a lo antiguo, que continuada por los sucesores ha llegado a ser única en la hermosura de su vista exterior y grandeza del crucero de la Capilla mayores». Esta iglesia, escribe Llaguno, «respecto a su contorno exterior, acaso será la que entre todas de su orden gótico-germánico lo tiene más vario, más proporcionado y por consecuencia más bello».

Preferible a escribir demasiado, es reproducir algunas vistas. Debe comenzarse por la fachada y puerta del Sarmental, que corresponde al hastial S. del transepto. Es la más esbelta, más fina y mejor conservada, coetánea de la primitiva fábrica de la iglesia. A más de ser bellísima, estudiada a fondo, como lo hace mi docto amigo D. Vicencio Alvarez, resulta haber sido edificada por un maestro del país, que introduce geniales innovaciones sobre el modelo de las más bellas catedrales del período francés. Después de subir un doble tramo de la escalinata, puede contemplarse de cerca la grandiosa portada. Inicia su composición por un plinto general hasta las jambas: los machos del paño hastial se abocinan y comparten en dos cuerpos hasta el arranque de la ojiva: el cuerpo inferior por columnas esbeltísimas por haces de tres con capiteles historiados de la más pura y luminosa época, rematados en arquería de ojivas apenas esbozadas: el segundo cuerpo está compuesto de leves hornacinas



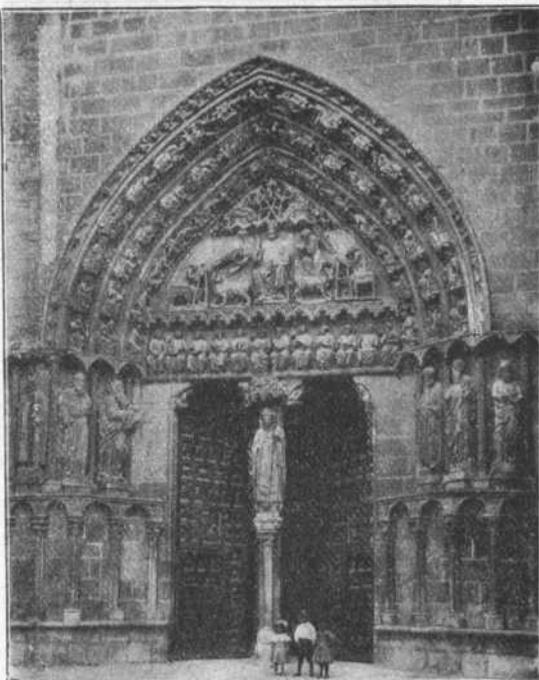
VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO
FACHADAS DEL SARMENTAL Y CORONERÍA

y hermosos doseletes para seis estatuas, tres por cada lado, de S. Pedro, S. Pablo, Moisés, Aarón, S. Felipe y Santiago el Menor

En el tímpano, pieza de importancia singular para la escultura y para la arquitectura góticas, el Salvador sentado como Maestro, «Christus Doctor benedicens», enseña su Evangelio, el cual, divinamente inspirados, escriben los cuatro evangelistas en sendos pupitres con sus emblemas, mientras a sus pies se alinean los doce apóstoles sedentes en actitud de pregonar el Evangelio por todo el mundo, simbolizando el gran milagro de la propagación del Cristianismo. Los tres bóceles de la archivolta representan: a) Angeles adorando; b) y c) profetas, reyes, querubines y serafines, glorificando al Salvador. En el parteluz hay una figura de Obispo. Las esculturas son todas muy primorosas y de singular nobleza, aun en figuras pequeñísimas y secundarias.

Sobre la portada «espriende una bellísima rosa de tracería geométrica, compuesta de veinte radios, y por cima, tapando el peralte de la techumbre, corre una galería compuesta de tres fenestrajidos divididos cada uno de ellos en cuatro compartimientos, cuyos maldes transparentes se ocultan tras sendas estatuas de ángeles, de tamaño algo mayor que el natural. Los ángulos de la fachada están flanqueados por contrafuertes y pináculos. Ellos son modelo de lo que hubieran sido las torres principales en el proyecto fernandino-mauriciano, cuyos grumos o trepados, al igual que los de toda la fábrica primitiva (s. XIII), son muy sencillos de forma y de dibujo, pero de un gran efecto, y cuya perfecta ejecución (singularmente en los de esta fachada) raya en el colmo de lo que a tan decorativo elemento se puede pedir.

La fachada N., menos esbelta en su traza y menos primorosa en la ejecución que la del Sarmental, es no obstante muy semejante a la anterior. Tuvo la puerta un basamento de la ojiva muy análogo a la del Sarmental, pero más gótico: co-



PUERTA DEL SARMENTAL

lumnas únicas y en triples haces; arquillos subtrilobados; el Apostolado que predicó la Doctrina evangélica, ya glorioso; doseletes más artísticos, todo esculpido por manos magistrales, en época más pura que en Sarmental: pero todo destrozadísimo, porque se levantó la rasante de «vieja rua» con todas las lamentables consecuencias respecto a su conservación.

La puerta de Coronaría era del s. XIII al s. XVI, la de comunicación más frecuente de la ciudad con su catedral: por eso está representado en la piedra el sermón de perenne actualidad sobre los Novísimos. Cristo, Juez, en el centro del tímpano, rodeado de su Madre asunta, coronada, y de S. José (1), como intercesores, apareciendo en los aires los atributos de la Pasión, con su diestra levantada pronuncia la terrible sentencia: su faz, imponente todavía, es un modelo escultórico entre los modelos. En la primera archivolta le rodean querubines, en la segunda orantes, en la tercera está la resurrección de la carne. En la

(1) S. José no lleva todavía nimbo, detalle digno de tenerse en cuenta en orden a su culto.

banda horizontal inferior al trono se simboliza, a la derecha la gloria entrando por la iglesia, y a la izquierda, el infierno con tormentos gráficos de los peciticos.

En las enjutas del arco, directamente sobre los doseletes, corre una banda de acompañamiento de la predicha, simbolizando la Vida. Contiene exuberantes los principios y los tipos de la decoración y de la arquitectura de la época. Esta banda merece un estudio especial.

En el segundo cuerpo una triple ventana amainelada, de la misma factura que los ventanales altos de la nave mayor; y por cima la coronación de la portada con estatuas, contrafuertes y torrecillas de aristas grumadas, y antepechos de arquería trebolada y diáfana que remata corriendo toda la nave mayor y el transepto.

Debajo, comunicando con la Llana, se abre la portada plateresca de la Pellejería, trazada por Francisco de Colonia (1516).

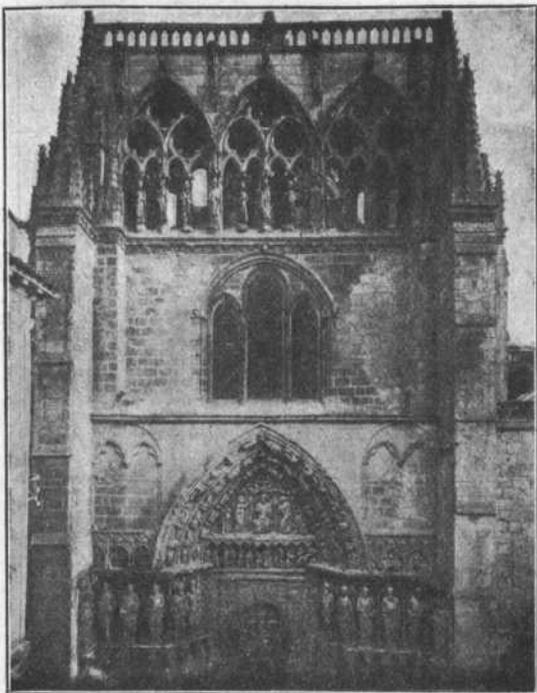
FACHADA PRINCIPAL LAS AGUJAS O FLECHAS

No por hallarse vulgarizada entre cuantos hojean libros de historia o de arte, merece menos atento examen la fachada O. principal de la plazuela de Santa María, llamada también Puerta Real.

Prescindamos del primer cuerpo con triple entrada bárbaramente modificado en el s. XVIII (1768-1790) y cuya puerta central es más adintelada, coronado por un antepecho (reformas de 1753 y 1768); en el segundo cuerpo, y tabicando el acuse de la bóveda principal, se cala una soberbia rosa, cuyos vidrios primitivos contempló todavía Ponz en su viaje por las iglesias de España. Por cima del rosetón, a modo de cancel entre ambas torres, elevanse dos fenestrajcs amainelados esbeltísimos, subdivididos en cuatro compartimientos por un puente principal: todavía los dos ventanales ojivos superiores resultantes llevan un sutil aligerado puente, y se arriostan los huecos en la base de las grandes agujas. En el s. XVIII se repusieron las estatuas que allí se ven.

Corona el doble fenestraje central, disimulador del frontón correspondiente a la empinada cubierta, un balconcillo de celeste tracería afillgranada, destacándose en el centro urna y dosel en que, circundada por ángeles, descansa la Virgen con su divino Hijo en los brazos, corriendo de uno a otro extremo, como escrita en el azul del cielo, la salutación extática: «Pulchra es et decora».

La fábrica primitiva de ambas torres, ni quedó terminada, ni se elevó sobre el cerramiento de la nave mayor. En 1442, después de combatir el muro y desagregadas las hiladas de piedras que provisionalmente remataban la fachada de la Puerta Real, tomó Juan de Colonia la empresa de las dos flechas o agujas, empresa atrevidísima que aún después de una existencia secular, desconcierta a los más audaces arquitectos. Ello fué durante los pontificados de Alonso de Cartagena y D. Luis de Acuña, gloriosos en los fastos de la Iglesia Catedral. En el cap. LVIII de su «Anacephaleosis» (1456), escribe Alonso de Cartagena:



PUERTA DE CORONERIA

«Turres duo principales quae sunt in porta quam vocant regiam, non fuerunt tunc (tempore D. Mauriti) ex toto finitae, sed post, anno Domini MCCCCXLII ducentis viginti postquam incepta fuerat aedificari ecclesia. In eadem fere die coepit continuare aedificium illarum turrium Alphonsus episcopus hujus nominis secundus, qui hodie per divinam misericordiam sedet, et cum divino auxilio opus hoc facit continuari.»

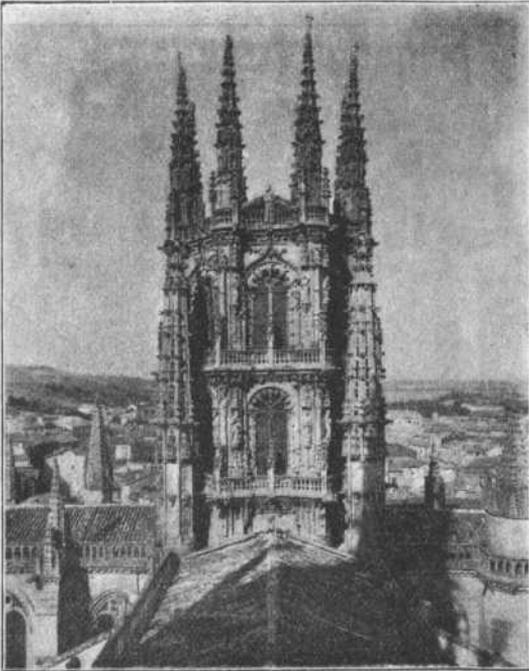
En el libro redondo de 1442, fol. 1, hay una nota que dice así: «Martes, 18 días de septiembre, anno Domini 1442 fué puesta la primera piedra en las torres que agora nuevamente se hacen en la iglesia de Santa María de Burgos»; y en el vol. 73 del archivo, en el día 4 de

septiembre se lee «este se acabaron de hacer las torres que están sobre la Puerta Real, año del Señor de 1458».

Datos por cierto interesantísimos respecto a la edificación de ambas torres, cuya elevación sobre el atrio es de 84 metros.

Y ¿cómo expresar la emoción de asombro que se apodera de quien las contempla? ¿Quién no ha admirado, dice Lampérez, aquellas esbeltas y ligeras pirámides caladas como encaje? Las que, como escribe Martínez y Sanz, «cuando al ponerse el sol, sus rayos atraviesan los calados, parece que flotan en el espacio».

La obra de Juan de Colonia profundamente armónica, sin romper lo ya construído, sino continuando en más florido estilo los trazos y líneas del imafrente, levanta, como antes dije, sobre el nivel de cerramiento de las bóvedas el tercer cuerpo, preparación del lanzamiento de las agujas o flechas. En el arranque del nuevo cuerpo respeta y continúa el antepecho de arquillos trebolados que corre sobre los hastiales de la Capilla mayor. Y, descrita ya la coronación del imafrente, puede explayarse la contemplación admirativa de quien leyere en los altísi-



EXTERIOR DEL CRUCERO

mos ventanales ajimezados ojivos, ornados con graciosísimos trepados, y que a pesar de la subdivisión producen la impresión de un cuerpo único, que acompasándose con capiteles, grumos, trepados y frondas, vuelan todos hasta la plataforma, desde donde se lanzan al espacio las agujas o flechas propiamente dichas. Las tracerías de columnitas esbeltas y gráciles, maravillosamente se componen en la pétrea fronda, algunos de cuyos brotes irrumpen al viertaguas de la primera subdivisión, mientras otros robustamente trepan hasta besar el arranque de las flechas.

Una proporción y módulo se observa en las flechas. No obstante ser cada una de las caras de la pirámide una composición completa, se acoplan en combinación gemela los dibujos de caladas tracerías de ambas caras, completándose el dibujo en la cuarta tracería para continuar y cerrarse en la octava, repitiéndose el motivo de la unidad armónica que forman las dos torres gemelas, ora se contemplen separadamente, o bien en su gemelo paralelismo admirable. La percepción del dibujo combinado resulta fácil. Para que la impresión sea cumplida, las aristas van drapeadas por fino rameado escurrido. Encima del balconcillo queda un sombrerete diáfano: reaparecen en los balconcillos inscripciones que se corresponden con la crestería de arranque — en la aguja derecha el Buen Pastor con JHS en

cifra y la leyenda PAX VOBIS; y en la aguja izquierda la Virgen María con el anagrama MA y la leyenda ECCE AGNUS DEL. — Desde el balconcillo la pirámide se adelgaza, calada siempre, y sobre triple corona emerge el grumo, que es fino perfil señalando el cielo.

EL INTERIOR DEL TEMPLO

La impresión estética que se recibe contemplando la Catedral en su exterior, no decrece cuando se penetra en el interior del templo.

Es lamentable que rompa el Coro la completa perspectiva de la hermosísima Capilla mayor. Y aunque sea mero recuerdo histórico, justo es consignar que el Excmo. Cabildo se opuso tenazmente a cerrar el testero del coro, y si accedió a ello no fué sin grandísima repugnancia en tiempos del Cardenal Zapata, como puede leerse en Martínez y Sanz, «Historia de la Catedral de Burgos», págs. 74-77.

La nobilísima fábrica de la Catedral emplea en pilares, arcadas, primitivo triforio y ventanería alta, elementos románicos de finísimo trazado. En las bóvedas aparece la crucería del primer período del gótico, pero sin que baste a borrar la impresión general del primitivo trazado fundamentalmente románico, resultando la Catedral de Burgos una obra original y sugestiva, que se aparta en muchos de sus elementos del patrón consagrado y general del estilo del s. XIII allende el Pirineo (Amiens, Reims, etc., etc.).

Las dimensiones interiores del templo son: desde la Puerta Real hasta la entrada de la Capilla del Condestable, longitud, 84'35 ms.; hasta la cabecera de la Capilla del Condestable, 106'45 ms.

La dimensión longitudinal del transepto, desde la puerta de la Coronaría hasta la puerta del Sarmental, 59 ms.

Altura de la nave central desde el pavimento a la bóveda, 24'30 ms.; altura del Crucero desde el pavimento a la bóveda, 46'50 ms.

Anchura común, 11'10 ms. largo por 10'50 ms. de ancho.

Orcajo da las siguientes dimensiones: longitud, 300 pies desde la fachada a la Capilla del Condestable, y 212 pies latitud de Coronaría al Sarmental.

La disposición de la Catedral es la característica de las grandes iglesias monacales y episcopales del s. XII: cruz latina formada por nave central, dos laterales, transepto de largos brazos y presbiterio con girola circundada de capillas absidales. Estas fueron cinco, según se desprende de la bóveda de la girola, correspondiéndose con las actuales de la Anunciación, SS. Angeles (S. Gregorio), Condestable, Santiago y Sacristía: perseveran, no muy transformadas, las de la Anunciación y S. Gregorio. Las correspondientes al transepto son: la de S. Enrique, desfigurada por el arte del s. XVII (1670) para ser enterramiento del Arzobispo D. Enrique Peralta y Cárdenas; y la de S. Nicolás (Nacimiento), en el brazo septentrional. Es esta la única Capilla primitiva que se ha conservado: de planta cuadrada, tiene hermosa bóveda octopartita, interesantísima, y al saliente dos ventanas de ojiva alancetada, que se tapiaron, dejándola sin luces, al edificar la capilla contigua de la Natividad (1570).

La Capilla mayor, el Crucero y el transepto ofrecen una perspectiva bellísima, ya se los contemple desde el altar mayor, o del rellano de la escalera de la Coronaría, a fin de recrear la mirada en el rosetón del Sarmental cuyos vidrios de colores son antiguos y de gran belleza. Desde ambos puntos de vista, así como del trasero, pueden estudiarse los pilares, el grandioso triforio que corre toda la Capilla mayor y transepto, y la ventanería alta. La Capilla mayor consta de seis arcadas hasta el Crucero, mas otras tres hasta el ábside, en cuya cabecera está colocado el altar mayor. El transepto consta de tres arcadas desiguales en cada uno de los brazos.

Cada entrepaño consta de tres cuerpos. Según la traza primitiva, se proyectaban evidentemente dos torres de gran elevación y peso en la fachada principal, pues ambos pilares que las soportan están formados por amplios haces de columnas y de mucha mayor sección que los restantes.

La elevación de la nave, la noble molduración de las arcadas, la esbeltez de columnas y pilares, los baquetones que encuadran cada uno de los tres cuerpos, las espléndidas galerías del triforio, ofrecen caracteres arquitectónicos de excelsa elegancia.

Descripción del primer cuerpo. Los apoyos o pilares están formados por amplios haces de columnas, las cuales presentan un núcleo cilíndrico, con ocho fustes también cilíndricos adosados en rededor. Las bases son circulares, y reposan sobre plintos cuadrados con *garras* de follaje finamente extendidas en sus ángulos. Los ábacos muestran todos planta cuadrada, y tanto ellos como las bases están colocados normalmente a la dirección de los arcos que soportan. De los fustes adosados a la columna, dos corresponden a los arcos de paso a las

naves bajas, otros tres al arco fajón y a los dos diagonales de la nave alta, mientras que los arcos formeros de esta última descansan sobre sendas columnillas colocadas a ambos lados de cada uno de los ventanales altos. Los arcos de paso entre las naves son del tipo usual en el primer gótico y tienen excelente molduración.

Los cuerpos segundo y tercero se separan por un doble baquetón que corriendo sobre

las columnas delimita cada tramo y reborda los mismos pilares, menos en el transepto, cuyas columnas resultan más esbeltas todavía.

Descripción del Triforio. Las galerías del Triforio son espléndidas sobre toda ponderación. Street, que conoce a fondo todas las catedrales inglesas, alemanas, francesas y españolas, pues todas las estudió detenidamente, escribe: «No conozco nada igual, ni parecido, a este singular triforio, en monumento alguno». Los comparfimientos varían algo dentro de la uniformidad en algunos tramos. Las perforaciones lobuladas que se abren en el tímpano, así como el arco que le cobija, están dispuestos de un modo ingenioso. La archivolta está constituida por segmentos de círculo en todos los tramos y se adorna con cabezas, maravillas de expresión, y representativas de personajes históricos relacionados con la Catedral a medida que iba construyéndose, aunque resulta imposible fijar esa relación arcana. Véase además qué diferencia tan grande media entre las cabezas esculpturadas



INTERIOR DE LA CAPILLA MAYOR Y CRUCERO

de las archivoltas del s. XIII y las de los ángulos del Crucero, reconstruídos al hundirse éste, pues estos rostros y actitudes se exaltan con la vívida luz del Renacimiento y las inquietudes de la época de los descubrimientos. Quien guste representarse al triforio en su primitiva sencillez elegante, suprima imaginariamente los emperifollamientos sobreañadidos, antepechos y agujas floridos.

Ventanales. Se conservan sin alteración alguna los ventanales antiguos del cuerpo alto de luces. Son ventanas ajimezadas, con un cuadrifolio en su tímpano.

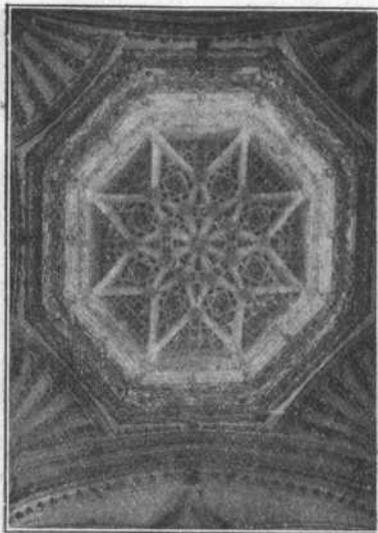
Las bóvedas son todas de traectoria sencilla, de sección ligeramente domical; y las plementerías aparejadas en zonas paralelas a las líneas del espinazo de las bóvedas.

EL CRUCERO

En el punto de intersección de la nave mayor y del transepto, se eleva la gallarda linterna que construyó Juan de Vallejo de 1539 a 1568 y que suele llamarse el Crucero o cimborrio. «Obra del Renacimiento en todos sus detalles, se ajusta con tal arte en su línea general al carácter de la vieja iglesia gótica, que se compenetra y funde con ella de un modo singular formando un conjunto de armonía admirable, algo único en el mundo».

Hasta fines del s. xv, en que comenzó a construirle a sus expensas el obispo Acuña, no hubo cimborrio propiamente dicho en la iglesia catedral. Este de Acuña, se hizo de piedra, elevadísimo, adornado con muchas efigies, y remataba con ocho pirámides, siendo «una de las más fermosas cosas del mundo», dice Fr. Pascual de Ampudia. En la fecha en que se construyó, no es aventurado atribuirle a Simón de Colonia, maestro de obras de la Catedral, y que asemejándose al actual, sería armonioso trasunto de las agujas o flechas y de la Capilla del Condestable. Empero, por no estar calculados los primitivos pilares para sostener mole de tanto peso, el Crucero se hundió en la madrugada del martes 4 de marzo de 1539. Aquella misma mañana los señores Capitulares reunidos en Cabildo extraordinario «platicaron para buscar remedio e dar orden como se torne a hacer». Los donativos por suscripción popular alcanzaron bien pronto la cifra de cuatro cuentos ciento setenta y seis mil trescientos noventa y dos maravedís (4.176.392 ms.); el coste total de la obra, según cómputo hecho por Martínez y Sanz a base de las facturas pagadas por la Fábrica, asciende a veinte cuentos setecientos sesenta y ocho mil quinientos treinta maravedís (20.768.530 ms.).

En obra tan extraordinaria, a cuyo éxito cooperó con interés sostenido toda la ciudad, trabajaron febrilmente una falange de canteros, oficiales, entalladores, imaginarios, escultores, asentadores, etc. Juan de Vallejo, el artífice burgalés de esta obra portentosa, es quien la traza y la dirige, empeñando en la empresa a su mismo hijo, Cosmes, que fallece en los primeros años, sustituyéndole como aparejador Pedro de Castañeda, perito—dicen las actas—en obras de cantería e imaginiería. Lo que puede asegurarse, es que el Crucero es de arte genuinamente burgalés, sin pagar tributo de imitación o dependencia respecto a ninguna otra escuela: ¡prueba fehaciente y muestra singular del florecimiento que alcanzaron en aquella época nuestros maestros de cantería, escultores, imaginarios y entalladores! Transcribamos algunos nombres de aquellos a quienes se abonaron partidas por diversos conceptos. En 1539 se dieron al carpintero Alvarado cuatro fanegas de trigo por la industria que dió en los andamios del crucero. En 1540 se pagaron a Juan de Langres, entallador, 12,000 mrs. para en cuenta del modelo para el crucero, y 37,822 mrs. por muestras, trazas y modelos para el crucero o cimborrio (1). Las cuentas de Fábrica consignan facturas semejantes a Juan de Carranza y Francisco del Castillo, entalladores, por los bustos de santos, ángeles y flores; a Pedro de Colindres por dieciséis bustos de figuras grandes que trabajó a destajo para lo alto del crucero; a Pedro Andrés; a Juan Picardo—competidor con Siloe, el Borgonón y Berrugete, para la sillería del coro de Toledo,—por siete figuras grandes de piedra para los corredores altos, e por la imagen del Señor Santiago con su caballo, e cuatro profetas, e por limpiar y aderezar otros bultos de vírgenes, partida en que fué ayudado por Colindres.



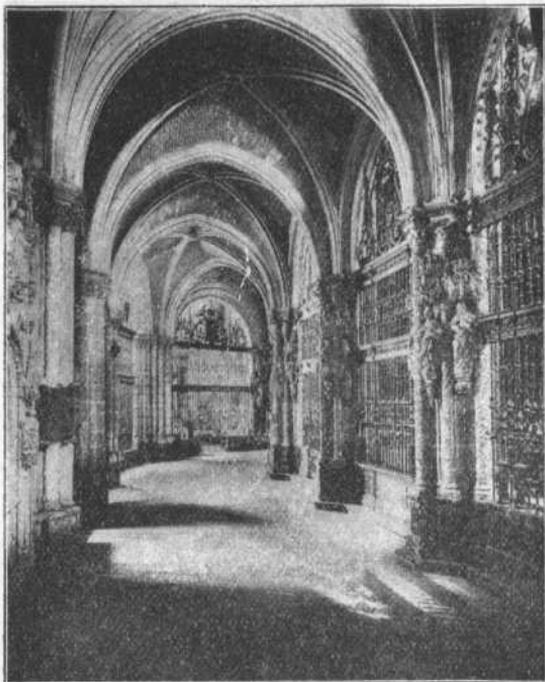
CLAVE DE LA BÓVEDA

(1) Por desgracia no se conserva ningún dibujo de las muestras, trazas y modelos que se presentaron para el Crucero.

Confío que a los lectores de ANUARIO ECLESIASTICO no será indiferente conocer estos curiosos detalles, de los que soy mero vulgarizador.

Veintiocho años se emplearon en coronar esta obra portentosa. Cuando se contempla, dice el Sr. Monge, «hace subir de punto la admiración la formidable altura de su cerramiento, la noble solidez de su estructura, su todo homogéneo y elegante con la variedad infinita de adornos que le revisten». Sobre todo la techumbre plana de la bóveda o rosetón con calada crucería, es una de las maravillas arquitectónicas que no se cansa uno de contemplar.

Cuatro pilares sostienen toda la mole del Crucero, y constan de cuatro cuerpos, el pri-



NAVE DEL EVANGELIO

mero ochavado y con grandes relieves de las virtudes; los otros tres estriados, decorándose los dos últimos con grandes estatuas de Doctores, con segmentos de cabezas, doseletes y frisos de elegantísimo dibujo, alto y bajorrelieves, alentando en la piedra, en trazos y figuras, arrollador impulso de vida exuberante y triunfadora. En los ángulos de los cuatro arcos torales arrancan atlantes gigantes y grandes pechinas, que preparan el paso de la planta cuadrada al macizo octogonal que se eleva desafiando los siglos, y constituye un prodigio de dificultad arquitectónica osadamente vencida. El octógono tiene tres cuerpos, rodeándole en el interior dos andenes y tres en el exterior. Bajo el primer antepecho se contemplan los escudos de armas de Burgos, *INSISIA CIVITATIS*, destacándose sobre el «Caput» un mapa de la ciudad, de entonces, en relieve sobre piedra; los escudos imperiales de Carlos V, del Arzobispo Alvarez de Toledo, y del Cabildo. En uno de los paños del octógono aparece la lindísima efigie de la Asunción de María a los cielos. Los espacios medios de los andenes, en el segundo y tercer cuerpo, tienen hermosos ventanales con columna

parteluz, ornando los arcos cabezas de altorrelive, retratos sin duda de los oficiales que trabajaban, y grandes estatuas de los imaginarios ya referidos, Pedro Andrés, Castañeda, Carranza, Castillo, Colindres y Juan Picardo.

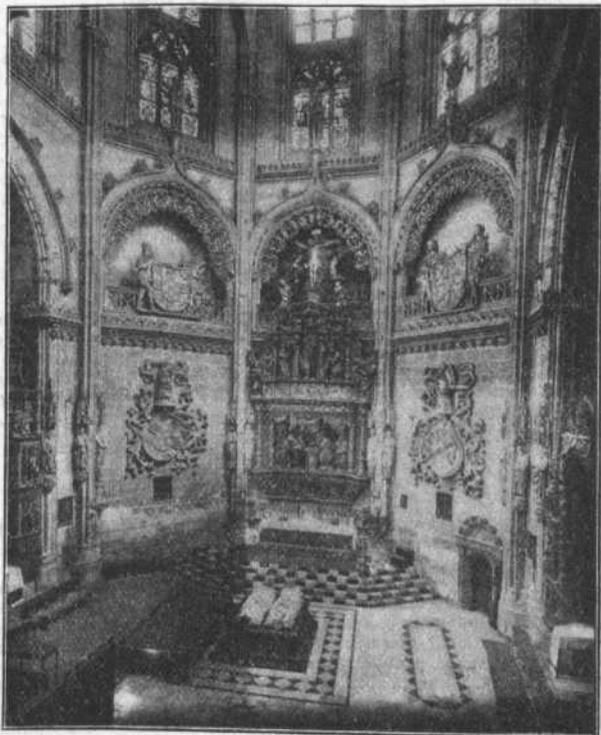
Pero a las siete y media de la noche del 16 ag. 1642, un furioso huracán se ensañó contra el Crucero, destruyendo completamente las ocho torrecillas o agujas exteriores, y causando grandes destrozos en la fachada principal e interior del templo; en 19 jul. 1644, bajo la dirección del maestro de obras de la iglesia, Juan de Rivas, se reponían las torrecillas que hoy existen, labradas por Juan de Poves y Juan de los Helgueros, juntamente con 8 ángeles y 96 mascarones. La colocación de las torrecillas, andamios y tejado se adjudicó en pública subasta a Juan Domingo, Juan de Bustos y Andrés Zumel; pero estuvo a punto de quemarse todo el Crucero y el templo, por el incendio que se advirtió a las dos de la madrugada del 20 julio 1644, efecto de haberse prendido fuego en el inmenso andamiaje de la obra. El fuego se dominó, y toda la noche, así como el día siguiente, se tuvo expuesto S. D. M. en el claustro, participando devotamente en las plegarias toda la ciudad.

LA CAPILLA DEL CONDESTABLE

Por el feliz acoplamiento y hermosa perspectiva con que realiza a la Catedral la Capilla del Condestable, por su continuidad con la Capilla mayor, por su espaciosa amplitud, elevación de bóvedas y excepcional crucería estrellada, por el sello de distinción y noble elegancia con que todo está tratado, por la profusión de esculturas, filigranas y primores sinnúmero que doquiera topan las miradas, con razón se considera esta Capilla como la joya más preciosa de la Catedral. «Es el ejemplar de mayor riqueza de todo el arte español en el s. xv», dice Street.

En 1.º jul. 1482 otorgó el Cabildo licencia e hizo cesión de terrenos y casas para construir una capilla, a D.ª María de Mendoza en ausencia de su esposo el Condestable de Castilla, ocupado en pelear contra los moros de Granada. La Condesa, aceptando ofrecimiento tan generoso del Cabildo, se reservó designar el espacio que sería preciso para cuando viniere Simón de Colonia, que estaba ausente y tenía el especial encargo de edificar la Capilla. Mas fué tal el empeño con que se acometió la construcción, que la capilla estaba terminada en 1492.

Todo en esta Capilla es admirable: lo es la entrada desde la girola, lo es la disposición octogonal de la planta y de la bóveda, a pesar de ser su eje prolongación del de la Capilla Mayor; lo son las esbeltas columnas y finas nervaduras; éstas se entrecruzan en sus arranques empatándose cada una donde correspondería directamente a otra, y forman por su intersección en la bóveda una gran estrella calada, de ocho puntas, cuajada de riquísimas tracerías también caladas. En ningún otro monumento se puede decir con más verdad que en éste, que los bordados y encajes de la piedra superan al más primoroso encaje que imaginarse pueda en lienzos y en brocados. No hay basamento ni capitel, que no esté afilligranado e historiado. Cada entrepaño del muro tiene un cuerpo inferior exornado con escudos o altares, al que corona rica imposta con cabezas esculpidas; en el segundo cuerpo, a más del calado antepecho, se embellece con arcos de mágicos festones y remata su archivolta conopialmente sosteniendo sendas estatuas. El cuerpo de luces es elevadísimo, y los ventanales, de triple ajimez y tracerías flamantes, están colocados uno sobre otro dentro de un solo recuadro.



CAPILLA DE LOS CONDESTABLES DE CASTILLA



El altar mayor, de estilo renacentista, es notable por la viveza e irreprochable naturalidad de las figuras, por su actitud y expresión, su rica indumentaria sin igual. Se figura la presentación del Niño Jesús en el templo, que es el titular de la Capilla.

Los Condestables de Castilla, aparte la suntuosidad de la fábrica, enriquecieron la Capilla con joyas de inapreciable valor, muchas de las cuales se guardan en la Sacristía. Ni son solamente los altares y el sepulcro de los Condestables, alhajas y cuadros; son también los ornamentos sagrados, alguno de cuyos ejemplares es único en el mundo.

OTRAS CAPILLAS

Aunque de importancia menor hay también otras capillas respecto a las cuales no puede omitirse una brevísima indicación siguiendo el orden de antigüedad. La Capilla de la Visitación (1440-1442) fué dirigida por Juan de Colonia, y fundada por Alonso de Cartagena para enterramiento suyo; en ella se admira la portentosa estatua yacente del Prelado, vestido con mitra, báculo y hábitos pontificales, esculpida cuando aún vivía el glorioso Mecenas de la Catedral Burgense. El mismo Alonso de Cartagena dió a su Capilla unas Ordenanzas sapientísimas, cuya pauta han seguido los demás fundadores.

La de Sta. Ana «so invocación de la Santa Concepción», notable por el maravilloso retablo de Siloe, fué probabilísimamente trazada por Simón de Colonia, siendo el fundador el Excmo. D. Luis de Acuña (1488), quien hacia 1492 decía haber gastado en la capilla más de «ciento y medio» y *aun tenta que gastar más de mil doblas en acrecentamiento del retablo*. Diego de Siloe, el autor de tan artístico y valiosísimo retablo, hizo también el sepulcro de Acuña, que ocupa el centro de la capilla.

La Capilla de la Presentación es notable por su bóveda de crucería calada (1520-1527); y el primeroso sepulcro del fundador, el Protonotario D. Gonzalo de Lerma, se debe al maestro imaginario Felipe de Vigny «El Borgoñón», autor asimismo de los tres paños centrales del trasaltar, «*hechos todos de imaginería de piedras*», como dice el contrato original.

La Capilla de Santiago, costada por la Fábrica de la Iglesia Catedral, fué dirigida por Juan de Vallejo (1524), atribuyéndose al mismo el sepulcro del Abad de S. Quirce, D. Juan Ortega de Velasco.

* * *

No es posible enumerar siquiera la serie de sepulcros artísticos, diseminados en muros y capillas, de los que la Catedral atesora una colección rica y variadísima; tales por ejemplo, los sepulcros del Arceiliano Villegas, de Fuente Pelayo, etc.

Las sillerías del coro son una muestra de la fecunda imaginación y pureza de dibujo, con que tallaba en madera el antes mencionado Felipe de Vigny, «El Borgoñón».

Es notabilísima la escalera dorada de Siloe (1519), cuyos antepechos, de rejería de forja, se deben a Hilario, maestro francés, y son también modelos de fino arte las rejas de Santa Ana, Presentación, y aún las más modernas del coro (1595) y nave mayor (1679). Pero entre todas lleva la palma la reja hecha para la Capilla del Condestable y asentada por el mismo Cristóbal de Andino, en 1523: obra insigne, «en la cual la forja y el repujado más hábiles se pusieron al servicio de una composición pseudoclásica endulzada con primores de detalle de una elegancia sin igual».

En cuanto a escultura, hay materia copiosa para una extensa monografía.

EL CLAUSTRO

En los últimos años del s. XIII y principios del s. XIV se construyó el claustro alto, pues hacia el 1320 consta ya que se hacían en él enterramientos y procesiones claustrales. El claustro bajo data de tiempo anterior, y la estación III que da a la calle de la Paloma puede muy bien remontarse, por sus caracteres arquitectónicos, al s. XII.

Se entra en el claustro, desde un brazo del Sarmental, por hermosísima portada en cuyo tímpano hay un buen relieve del Bautismo del Salvador. En las jambas, estatuas asombrosamente bellas de la Anunciación y de dos Patriarcas, y en el arranque izquierdo de la archivolta el rostro de S. Francisco de Asís, que se tiene por retrato. En las superficies planas se decora la piedra con relieve de castillos y leones a modo de brocado, dibujo perfecto

que se repite como elemento decorativo en algunas otras portadas del claustro. La piedra además se policroma con suave tonalidad de colores, como muestran muchos entrepaños del mismo claustro, y es variadísima y excelentemente esculpida la flora de todos los arcos claustrales. Las hojas de la puerta son de magnífica talla en nogal negro, y, por ostentar el escudo de Acuña, pueden atribuirse a Diego de Siloe, el mago imaginario del altar de Santa Ana, con cuyo dibujo no faltan analogías. En los tableros de abajo se figuran S. Pedro y S. Pablo, y en los de arriba la entrada a Jerusalén y aquel signo profético de Jonás con que Jesús desbarató la insidia de los fariseos, preanunciando su sepultura y su resurrección. No sin razón escribió Edmundo D'Amicis, que esta puerta era, con iguales títulos que la del Baptisterio de Florencia, «digna de dar entrada al Paraíso».

Acerca del claustro dice Street: «Pocos claustros conozco que puedan cautivar más intensamente que éste la atención de un arquitecto, y retenerle en su estudio porque, aunque se puedan citar algunos más hermosos y de mejor estilo, ninguno recuerdo más interesante ni más variado, ni que le supere en fragancia de recuerdos y rancias conexiones con el pasado». Contribuyen a ello los enterramientos y sepulturas, algunas rejas que cancelan el reposo de los sepulcros, la variedad de estatuas sobre repisas que le enriquecen, los numerosos arcos de variadísima flora adornados y de bellos monumentos funerarios, los grupos escultóricos que flanquean los pilares maestros y los ventanales. Ambos claustros, alto y bajo, fueron restaurados por Lampérez.

En el claustro alto se abre la capilla de Sta. Catalina, a la que da acceso hermosa portada con magnífico relieve de la Crucifixión en el arco. Fué construída para Sala Capitular entre 1316 y 1354, pues en este año consta que ya se celebraban allí las sesiones capitulares, hasta 1596. Es muy espaciosa, de unos 42 pies en cuadro, con alta y rica bóveda octogonal estrellada, cuyos baquetones arrancan de fustes sostenidos por repisas, interesadamente esculpidas e historiadadas para la indumentaria de entonces. Las escenas representan caderas, homenajes de reyes moros a otro cristiano, simbolismos amorosos, etc., siendo muy minuciosa la reproducción de trajes y armas, de inapreciable valor para la historia de la indumentaria. Dedicada después a sacristía, se guardan en ella las ricas capas de Alonso de Cartagena, dichas de Basilea, pues las trajo aquel Prelado al regresar del Concilio; una preciosa alfombra, y algunos pocos ornamentos, insignificante reliquia del copioso tesoro que fué destruído por la invasión napoleónica.

De paso para la actual Sala Capitular se encuentra la Capilla del «Corpus Christi», y colgado en ella el Cofre del Cid, donde durante muchos años se guardaban documentos antiquísimos del archivo.

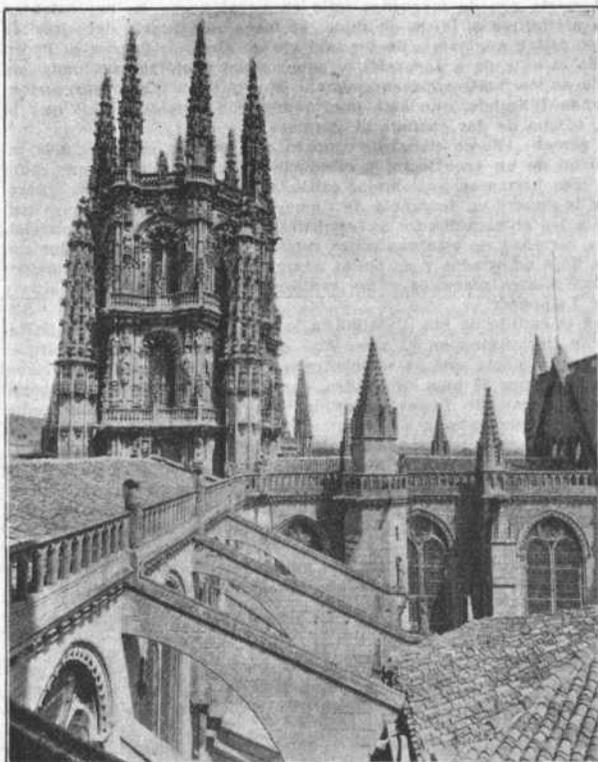
* * *

No son pocas seguramente las omisiones — sinceramente lo reconozco — que en esta reseña advertirán los que conocen la Catedral de Burgos: algunas no caen fuera de propósito, por no alargarme demasiado; muchas más han de achacarse a impericia, a falta de preparación a incompetencia y premura en el escribir.

Todas las épocas parece que han competido entre sí en generosidad y magnificencia, para enriquecer la Catedral de Burgos. Recientemente (18 oct. 1927) acudálose nuestro tesoro con riquísima Custodia y tríptico, proyectada para recuerdo perenne de las Fiestas del VII Centenario de la Catedral por el Emmo. Sr. Cardenal Benlloch (q. s. g. h.), y que ha sido diseñada y labrada *cum amore*, por el Pbro. D. Félix Granda, inaugurándola en la Asamblea Eucarística de otoño el entonces arzobispo de Burgos y actualmente arzobispo de Toledo, Emmo. Sr. Card. Dr. Pedro Segura Sáenz. Las épocas más felices para el arte de la Catedral burgense fueron los ss. XIII, XIV, XV, y parte del XVI: después se transforma y altera con capillas, retablos, cúpulas, etc., por obra de Prelados, próceres y piadosos donantes, pagando tributo a veces a la perturbación del arte, que invade todas las esferas en épocas acaagas; o ensayando reformas y restauraciones desafortunadas. El Cabillo y la Ciudad, en concordia que han hecho más firme los siglos, siempre velaron afanosamente por conservar los tesoros que han volcado las generaciones en nuestro templo metropolitano, verdadero museo de arte; y los maestros de obras y arquitectos han sentido profunda emoción admirativa, cuando ha sido preciso reparar las quelebras con que, implacable, todo lo maltrata el tiempo.

Estas cuartillas son pálido reflejo de las bellezas con que sorprende la Catedral de Burgos a cuantos la visitan. Pero hay algo que no se puede describir: es la vida íntima de la Catedral; el culto cotidiano e ininterrumpido, cuya solemnidad y esplendor ceta el Exemo. Cabillo Metropolitano con devoción y entusiasmo ejemplares; son las imponentes manifestaciones de la vida religiosa de la ciudad y de la diócesis, que, por iniciativa de los Prelados, en la Catedral encuentran marco adecuado de magnificencia y grandeza; es la elevación espiritual, el «*sursum corda*» que constantemente sugiere su Catedral al noble pueblo recostado a

su sombra, sea cuando la tribulación nos azota; o en momentos jubilosos para la ciudad y para la patria. De la Catedral puede decirse, salvando la desproporción, lo que de la



LA CATEDRAL VISTA DESDE LOS TEJADOS

acabe el año actual, se terminarán los trabajos de consolidación y restauración de las dos torres de la fachada principal, que se llevan a cabo, con maestría y rapidez no común, bajo la dirección del arquitecto Sr. Apráiz. La torre de la derecha está ya completamente terminada, y en el otoño se espera pueda quitarse el andamio que circunda la otra torre, disponiéndose a la par el montaje del campanario en forma que no dañe a la seguridad de las torres, las que volverán a ofrecer en su elevación y calado engranaje el más bello espectáculo y la más gallarda muestra de la espiritualización de la piedra en los anales de las Catedrales góticas.

insignia redentora: «Stat... dum volvitur orbis»; ella permanece firme, mientras pasa el torrente de las generaciones y de los siglos.

No acierto a poner fin de mejor modo, que proyectando una visita de la Catedral desde los tejados. Desde allí se ven mejor la serie de dobles arbotantes; desde allí se aprecian los exquisitos perfiles de la ventanería exterior; el antepecho de coronación, ritmado por estatuas de ángeles, mensajeros de las oraciones que se elevan a Dios y portadores de las misericordias divinas para cuantos al templo acuden; allí puede uno arrojarse en la contemplación de tantas bellezas que nunca envejecen, las flechas gemelas de calado tracería, el Crucero, el bosque de torrecillas y chapiteles que trepan a lo alto; porque encima de torres y techumbre todo es cielo...; y no hay duda que quien se sumerja en la contemplación admirativa de la Catedral de Burgos, estará más cerca del cielo.

Felizmente, antes que

